

Religión y filosofía

Escribe: **HERNANDO PLAZAS CASTAÑEDA**

Uno de los temas que con frecuencia atraen la atención de los respectivos estudiosos y con más frecuencia, quizás, la de los simples curiosos intelectuales es este de las relaciones entre religión y filosofía o, a la inversa, entre filosofía y religión. Trataremos en este artículo de simple divulgación de detenernos sobre algunos aspectos de la cuestión que, ojalá, sean de utilidad para los lectores de este Boletín.

Religión. Filosofía. He aquí dos vastos campos de la inquietud y de la realidad humanas tanto en su horizonte intelectual como en el puramente sentimental. Desde luego, la religión presenta una antigüedad superior en muchos siglos históricos a la de la filosofía. En efecto, al estudiar la historia de las civilizaciones, desde los remotos sumerios, los caldeos o los egipcios, nos encontramos con que estos pueblos poseen y practican unas creencias religiosas y tienen organizados sus cuerpos sacerdotales, sus ritos, sus liturgias, oraciones, etc. En cambio la filosofía aparece tan solo siglos después, en la Grecia del apogeo clásico con las grandes figuras de los preso-

cráticos, el mismo Sócrates y luego Platón y Aristóteles fundamentalmente.

Históricamente, pues, la religión es un fenómeno humano de mucha mayor solera, para emplear un término hispánico, que la filosofía. Y ello es claro si tenemos en cuenta que el pensamiento o sea la fe, y el sentimiento religioso o sea el consuelo y la esperanza que esa misma fe otorgan al ser racional, el hombre, son de un carácter conatural a ese mismo hombre, desde luego que una lógica elemental le lleva a entenderse como una criatura, excepcional, es verdad, pero una criatura más, en medio de toda la variedad de las mismas que le rodean tanto en el ámbito cósmico como en el más limitado del propio planeta. El hombre se siente y considera criatura y, a la vez, siente y naturalmente comienza a adorar a su Creador, a amarle, a temerle, a rogarle y a esperar en El. No importa que en los principios y en las religiones primitivas, ese ser o seres superiores y que sobre el creyente rigen, lo conduzcan a materializarlos en animales que considera superiores en fuerza o en astucia, cualidades de que el

hombre carece en el grado suyo, o en elementos de la naturaleza que por su operancia le ayudan a conservar la vida como el sol, valga el ejemplo.

Ciertamente, para el primitivo, el mundo está lleno de dioses a través de los cuales él trata de explicar su avatar y su batallar sobre la tierra. De ahí que el politeísmo sea el sistema religioso más extendido no dándose la creencia en un solo Dios, Yavé, entre los pueblos antiguos, prácticamente, sino entre los judíos. Aun después de la aparición del cristianismo, en la Roma de la decadencia, se comentaba que la ciudad estaba llena de dioses y de templos en los que se les adoraba. Aun dentro de la pureza del cristianismo y del catolicismo, el dogma de la Trinidad llega a considerarse por algunos pseudoexégetas como un residuo de ese politeísmo casi universal.

La religión (del latín: *religare*, unir) se ocupa fundamentalmente de las relaciones entre el Creador y la criatura humana: entre Dios y el hombre. Es una realidad que trasciende la mente y el corazón, mediante la cual el hombre se pone en contacto con el Ser invisible y absoluto, organizando a través de múltiples manifestaciones los diferentes sistemas religiosos o religiones, simplemente. La teología, ciencia eminentemente religiosa, es la que se ocupa del estudio de estas relaciones, especialmente a través de la revelación y las profecías, o sea de la comunicación de Dios con el hombre.

La filosofía, en cambio, es actividad de la mente humana que usa de su facultad racional para explicarse todo el conjunto del cosmos,

incluido el mismo hombre. Y, claro, ha de interrogarse sobre las causas últimas de todos los seres y las cosas como una de sus actividades fundamentales. En este quehacer llega también a entrever al Absoluto, a Dios, pero claro, sin poder lograr una explicación perfecta y total del mismo como que ello está fuera del alcance limitado, de suyo, de la razón humana. No obstante, existe una ciencia filosófica que se ocupa exclusivamente de este problema de la divinidad y es la teodicea.

Se ha dicho, a la vez, que allí donde termina la filosofía, su esfuerzo y su especulación, comienza la teología a funcionar a través de la explicación del dogma y la aproximación al misterio y a la trascendencia. Ciertamente, la filosofía llega siempre a tropezar con lo inexplicable, con el misterio, con aquello que la razón no puede explicar en su totalidad por más vueltas que haya de darle. A partir de estos estadios se abre el campo para las religiones y no hay otra solución. De lo contrario, la filosofía o las filosofías, habrían reemplazado desde hace tiempos a las religiones. Lo cual no ha ocurrido ni ocurrirá por las razones ya expuestas. Los campos permanecen, pues, bien delimitados y está muy bien que así sea. Lo filosófico ha de ser lo racional, lo puramente humano objetivo a través de su limitada capacidad razonadora. Lo religioso es lo trascendental, lo que va más allá de lo puramente racional aun cuando tampoco pueda considerársele como irracional. El misterio de Dios, de la encarnación del Verbo, de la redención, del cielo y el infierno, todos estos motivos de fe de que la religión católica se nutre y que constituyen con muchos otros su

esencia, están ahí palpitantes, informando y sopesando la vida del creyente. En vano tratará el filósofo de aplicarle todo su aparato lógico e investigador para darles una plena explicación racional. No. Los credos religiosos son extraracionales, lo cual no quiere decir, desde luego, que estén en contradicción con la razón. Pero, ante todo la divinidad. La razón humana que es activa en el filosofar, al aceptar la creencia pasa a ser pasiva, receptora de principios trascendentes.

De aquí que, y para terminar, quizás no sea muy acertado hablar

de una filosofía de denominación religiosa: católica, luterana, budista, mahometana. Otra cosa es que un filósofo sea de religión católica, luterana, budista, mahometana. Pero tampoco puede desconocerse, de otro lado, los puntos de contacto, que continuamente tienen la filosofía y las religiones. Puntos de contacto, no de confusión. La confusión, como su nombre indica, no es ni clara ni recomendable. La religión tiene su propio campo. La filosofía el suyo. Entre una y otra habrá siempre zonas limítrofes, pero no mezclas ni absorciones. Es esa nuestra opinión.